

# Bernal Díaz del Castillo y su concepto de verdad y realidad

por

Mario Rodríguez Fernández

LA PERDIDA DE NUESTRO SER HISTORICO

Al leer el título de este ensayo, alguien podría preguntar, sin duda, de buena fe, ¿qué interés real puede tener para nosotros, los americanos de hoy día, conocer los conceptos de verdad y realidad manejados por un oscuro cronista de Indias del siglo xvi?; ¿no es éste un tema para eruditos?; a lo cual muchos responderán, también de buena fe, que efectivamente es un tema para eruditos, que su interés no excede lo meramente filológico y que, en verdad, se limita a tocar un sector muy particularizado de nuestra existencia, el que podría ser definido como un vago interés por el pasado remoto.

Es cierto que estos oscuros cronistas aparecen como totalmente extraños a nuestro mundo, como incapaces de despertar vivencias profundas al modo en que lo hacen, por ejemplo, los grandes héroes de la Independencia. En rigor, nos sentimos totalmente desvinculados de ellos, y no por el tiempo transcurrido, sino porque su mundo nada tiene que ver con el nuestro. Somos incapaces de hacernos cargo de su condición de antepasados y que de algún modo nos pertenecen, los vemos definitivamente lejanos, ausentes, mudos para siempre.

Sin embargo, estos hombres tienen mucho que *decirnos*. Nos pertenecen, vivimos de pie sobre lo que ellos edificaron y nuestro *ser*

*americano* se funda en ellos, aun cuando no tengamos conciencia de esta circunstancia. Que la búsqueda de nuestra autenticidad supone un reencuentro con el origen, y que tal origen no se halla en los mitos precolombinos, sino más bien en las formas del espíritu que traían y recreaban en América Bernal Díaz, Valdivia, Cortés, Alvar Núñez Cabeza de Vaca y otros tantos, es algo que procuraremos demostrar en lo que sigue.

La indefinición de nuestro ser histórico proviene en buena medida de la falta de relación con un pasado que nos pertenece y de la sistemática negación que han hecho los intelectuales hispanoamericanos de todo el proceso histórico que nos dio origen, denigrándolo, deformándolo política, ideológica y culturalmente.

Esta actitud no proviene de un "españolismo de nuevo cuño", que pretenda hacer una exaltación de nuestro pasado hispánico, o sostener la vuelta espiritual a la madre patria como la única cura de nuestros males. Su único afán es apuntar a un fenómeno característico de la historia de América: la sistemática negación del origen. Esta idea ya fue esbozada por el profesor vienés Víctor Frankl, quien, en un libro básico para la justa comprensión de la crónica hispanoamericana, ha escrito: "La independencia de Hispanoamérica — . . . — ha traído consigo un fenómeno de suma gravedad que no existe en otros círculos culturales: la negación de todo recuerdo de la época colonial por los mismos intelectuales americanos y, con ella, la interrupción en el mundo hispanoamericano de todo contacto, tanto vital como intelectual, con las raíces de la propia existencia; y en el vacío dejado por la eliminación de la esfera de conciencia, de las propias experiencias históricas, nacionales y continentales más grandes y más creadoras, del propio pasado y de la propia tradición, entraron y están entrando influencias extrañas, de incomparablemente menor rango moral y espiritual, que han producido la caída del Continente en un nuevo coloniaje intelectual y económico, mucho peor en cierto sentido que el anterior coloniaje político español" . . . (*El Antijovio* . . . pp. 13-14).

La última afirmación de Frankl centra el problema que hemos llamado "la negación del origen" y lo muestra en su justa dimensión. El desprecio, y aun el odio, que han sentido desde un comienzo los literatos y pensadores hispanoamericanos por todo lo que signifique *colonia* se debe, en primera instancia, a que la libertad política es connatural al espíritu del hombre moderno, y en segundo término, a que nuestros escritores han negado todo rango cultural a la época de la Colonia y, por ende, al Descubrimiento y Conquista. Típica, en este sentido, es la actitud de los neoclásicos y románticos —con escasas excepciones como Andrés Bello. El chileno Camilo Henríquez en *Camila o la patriota de Sudamérica*, desarrolla un vehemente alegato contra las formas histórico-espirituales españolas; su compatriota Lastarria, bajo la idea que la literatura es expresión de la sociedad, sostiene la decadencia de la literatura española, basándose en que la sociedad hispánica está dominada por el oscurantismo, la ignorancia y los dogmas. El argentino Mármol ve la realidad de su patria como un campo de lucha entre las fuerzas renovadoras política y culturalmente —*la civilización*— y la tradición reaccionaria de claro origen colonial —*la barbarie*. En *Manuela*, novela del colombiano Eugenio Díaz, se contrapone constantemente la imagen de una América hispánica desastrada y mal avenida a la perfección y felicidad de la república ideal: Estados Unidos de Norteamérica. No falta tampoco en los escritores de este período, la dolorida lamentación por haber sido "descubiertos por los españoles y no por los ingleses u holandeses". De esta suerte, se explica que la Conquista aparezca como una empresa de rapiña y de *insaciable codicia* y que se le niegue cualquiera otra dimensión que no sea la puramente económica o la del provecho egoísta. Los contradictores de esta *leyenda negra* suelen afirmar que hubo otros impulsos —los espirituales— que guiaron a los conquistadores. Entre ellos se cita la ambición de fama, el servicio de Dios, etc. Pero, en verdad, ninguno se atreve a sostener que el Descubrimiento y Conquista revelan uno de los más altos momentos de la historia del espíritu moderno y que esta época que abarcan

los siglos XVI y XVII es de extraordinario rango, de una riqueza y complejidad cultural realmente asombrosas.

Este rango, esta riqueza y complejidad son las que nos llevan a afirmar que las raíces de nuestra historicidad deben buscarse en los hombres que portaban tan altas formas del espíritu. Si se logra acceder a ellas, se comprenderá cómo los testimonios —crónicas, cartas de relación, poemas épicos— que estos conquistadores dejaron de su experiencia y quehacer vital muestran una instancia cultural más amplia que las que ofrecen Francia o la Gran Bretaña de esos siglos. No es ésta una afirmación demencial. Sólo puede serlo para aquellos que siguen apegados a una tradición crítica que ha enfocado deformadamente la literatura de esa época. Desde Toribio Medina a Mariano Picón Salas, por limitaciones del método (el caso del primero, imbuido del más riguroso positivismo) o por una muy parcial concepción de la historiografía (el caso del segundo limitado a una perspectiva externa —“de hechos exteriores”— en la consideración del desarrollo cultural hispanoamericano) la literatura del Descubrimiento y Conquista ha sido arrancada de su ámbito natural: el gótico florido, el Renacimiento, el manierismo y el arte postridentino, para ser puesta en un ámbito menor que tiende a comprenderla como fenómenos aislados, desposeídos de contexto cultural, desvinculados de la historia del espíritu. Naturalmente, que desde esta perspectiva la literatura que nos preocupa aparece carente de trascendencia, reducida a relatos testimoniales, cuyo único interés estriba en la presentación de una realidad nueva, y a veces maravillosa, pero sin que, en general, logre superarse el tedio y el fárrago inherentes a la crónica y relación histórica.

Pero si nos hacemos cargo que, para comprender realmente estas obras, hay que tomar conciencia que el libro de las formas artísticas se escribe sobre un fondo ideológico y nos preocupamos, por lo tanto, de restituir la obra a su ámbito natural: el marco histórico, o, mejor dicho, el momento de la historia del espíritu que le corresponde,

entonces se revelará toda la riqueza estética, político-social, religiosa y ética de esta literatura.

Si el intento se lleva a cabo, no sólo se tendrá una nueva visión de los cronistas de Indias, sino que estaremos en condiciones de fundar con certeza nuestro auténtico ser histórico.

LA HISTORIA VERDADERA DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA "HISTORIA DE LAS IDEAS"

Es de evidencia meridiana que no existe una *verdad* histórica única, absoluta, sino que más bien, como establece Maravall: "la verdad de la historia se da siempre, a su vez, históricamente condicionada". Pero nos asalta de inmediato la pregunta: ¿qué se entiende por *verdad histórica*?

Víctor Frankl en el *Antijovio*... se empeña en aclarar, sumariamente, el problema. "Verdad —escribe— consiste, como ya lo sabemos, según la clásica concepción de Aristóteles, en la conformidad de un juicio con la realidad objetiva a que este juicio se refiere". O sea que el concepto de *verdad* se explicita en relación al de *realidad*. Si ahora, nos hacemos cargo de lo que es *real* puede ser entendido de los más diversos modos (el mismo Aristóteles distingue una realidad empírica, individual y otra metafísica: el núcleo esencial o "entelequia" de la cosa) comprenderemos cómo deben existir múltiples conceptos de *verdad*.

Desde esta perspectiva Frankl rastrea algunos conceptos de *verdad* histórica fundamentales. Comienza demostrando cómo en la historiografía griega —Heródoto, Tucídides y Polibio— la *verdad* histórica consiste en la conformidad del juicio con los hechos empíricos acaecidos (aunque no faltan elementos de "cierto grado de generalidad"). En el pensamiento histórico cristiano, básicamente en la teoría agustiniana, la *verdad* se cree encontrar en la conformidad del juicio con una realidad teológica sobrenatural presente en los acontecimientos históricos, creencia que funda una vi-

sión mística-agonal del acaecer: el curso de la historia se comprende como una lucha entre la *civitas dei* y la *civitas terrena*. Por su parte, el Renacimiento busca la verdad en la adecuación de la narración histórica a una realidad socioespiritual, a cierto *ambiente o tónica* que rodea a algunos hombres, es decir, a la "fama". Por ello la función de la historia consiste en "conservar la fama" de personas ilustres. Esto en cuanto a la dimensión caballeresca del Renacimiento. En lo que se refiere al pensamiento histórico científico de la época —encabezado por Maquiavelo— "busca la verdad histórica en el reconocimiento de los factores generales del acaecer —"necesidad", "virtud", "fortuna", las "particularidades" propias de cada estado, etc.—. El barroco —arte de la contrarreforma— a través del símil ignaciano de *las dos banderas* (la de Satanás y la de Cristo) reactualiza y vivifica la perspectiva agustiniana reafirmando de paso la concepción *providencialista* de la historia. Todo ello nos demuestra cómo la verdad histórica cambia de cultura a cultura debido a que los criterios acerca de lo real, de lo que "es la realidad" nunca han sido uno solo y uno mismo, sino que, por el contrario, variables, mutables y contradictorios.

Los criterios de verdad y realidad aparecen, pues, condicionados históricamente. Ellos nacen y se conforman en torno a ciertas vivencias culturales, a ciertas experiencias básicas o modos de ver el mundo. Se inserta así la verdad histórica en las formas del espíritu. La concepción trascendentalista de la realidad que sostiene el gótico da origen a una verdad histórica sobrenaturalista, "teológica", mientras que la vivencia racionalista y mundana del renacimiento motiva una verdad empirista, inmanente y "legalista"; a su vez la experiencia caballeresca-espiritualista del mundo exige un tipo de verdad histórica socioespiritual, mientras que el manierismo con su grave *perturbación de los criterios de realidad* se debate entre estas formas de verdad, ciertamente incompatibles entre sí por su disímil y contradictorio fondo ideológico. (¿Cómo calzar el objetivismo y realismo de la verdad histórica renacentista —ma-

quiavélica— con el sobrenaturalismo de “la verdad gótica” —agustiniana—?).

Bajo esta perspectiva, penetrar en los criterios de verdad histórica sostenidos por Bernal Díaz de Castillo es adentrarse en la historia del espíritu, en la “historicidad del ser”, en el modo de vivirse a sí mismo del hombre del renacimiento o tal vez del gótico. Por ello si logramos tocar este fondo ideológico —aún indeterminado— *la Historia Verdadera* . . . se mostrará, más allá de su carácter pintoresco y abigarrado, como una forma de experiencia del mundo nacida a la luz y determinada por una instancia de la historia del espíritu.

LA VERDAD DE LO VISTO Y LO VIVIDO

... “mas lo que yo vi y me hallé en ello peleando, como buen testigo de vista yo lo escribiré, con la ayuda de Dios, muy llanamente sin torcer a una parte ni a otra” . . . Escribe esto Bernal Díaz de Castillo en el breve prólogo que encabeza su extensa relación fundando así desde el principio el criterio de verdad y realidad histórica que va a manejar. Esta calidad de “testigo de vista” que autoriza y legitima su narración vuelve a ser reafirmada innúmeras veces: “y como fuimos descubriendo la Nueva España, y quienes fueron los capitanes y soldados que la conquistamos y poblamos, y otras muchas cosas que sobre tales conquistas pasamos, que son dignas de saber y no poner en olvido, lo cual diré lo más breve que pueda, y sobre todo con muy cierta verdad, como testigo de vista” (p. 40) . . . “pues tan grande empresa salió de nuestras manos, y lo que sobre ello escribieron diremos los que en aquellos tiempos nos hallamos como testigos de vista” . . . (p. 80).

En esta situación de testigo funda Bernal Díaz la verdad de su narración. Ello quiere decir que la realidad histórica reside para él en el hecho individual y concreto, allí, en la plenitud de lo empírico y lo específico, se despliega *lo real*, la sustancia cierta del acontecer. Bajo esta perspectiva la *verdad histórica* sólo puede entender-

se como el relato fiel del hecho empírico-individual, lo que exige de por sí un testigo de vista como la garantía más efectiva de veracidad y conocimiento. La historia se ofrece así como testimonio personal, como un dar cuenta de la experiencia vivida, apartándose de toda construcción generalizante o teórica, aferrándose a "lo visto y lo vivido".

La verdad de "lo visto y lo vivido" es el criterio básico y dominante en la crónica hispanoamericana que abarca el período de 1500-1575. Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Sumario de la natural historia de las Indias* (1526), afirma el valor y la verdad de su obra en haber estado presente en la mayoría de los acontecimientos que relata y en haber recurrido en aquellos que no estaba a testigos de vista: "No escribo de auctoridad de algún historiador o poeta, sino como testigo de vista en la mayor parte de quanto aquí tractare; y lo que yo no oviere visto, dirélo por relación de personas fidedignas, no dando cosa alguna crédito a un sólo testigo, sino a muchos en aquellas cosas que por mi persona no oviere experimentado".

La primera afirmación de esta cita nos enfrenta a otro rasgo característico de estos cronistas: el rechazo a todo tipo de historiografía basada en un conocimiento libresco o de un criterio de autoridad que suponga una fuente escrita irrecusable. Este particular sentimiento de rechazo explica la profunda antipatía y aun violencia que despierta en el ánimo de estos historiadores de lo visto y lo vivido las narraciones del Descubrimiento y Conquista de las Indias hechas por autores que no participaron directamente en tales empresas, y que escribieron de oídas sobre ella. Esta lejanía, este estar distante del hecho individual y concreto que impide la *opsis* (el ver personal) deforma la realidad y verdad histórica sustituyéndola por una realidad aparente o por una construcción teórico-generalizante incapaz de dar cuenta del acontecer real. Bajo estos supuestos podemos entender el carácter de *historia de refutación* que ofrece la mayor parte de la crónica hispanoamericana

fundada en el criterio historiográfico de lo visto y lo vivido. En efecto, Oviedo escribe directamente contra Pedro Mártir, historiador palaciego, culto, imbuido del espíritu internacional individualista-cortesano del renacimiento, que recoge en su *De Orbe Novo* los más contradictorios y fantásticos relatos sobre América; pero lo que en esencia separa a Oviedo de Pedro Mártir, no son estas opiniones antojadizas, sino el criterio de verdad histórica que maneja este último. Mártir afirma que la verdad no se encuentra en el relato del hecho concreto y pormenorizado sino en una perspectiva general y amplia de lo acontecido (pasaremos por alto): "muchas menudencias que los griegos y judíos, como siempre se vieron dentro de estrechos límites, insertarían en las historias si les hubiera sucedido a sus ciudadanos, pero nosotros, en medio de tal amplitud de asuntos, omitimos no pocas cosas". Pedro Cieza de León en su *Crónica del Perú* eleva lo visto y lo vivido a la categoría de único criterio histórico que garantiza la verdad de lo narrado, y aun Francisco López de Gómara tan duramente atacado por Bernal Díaz escribe que la experiencia de lo vivido es quien mejor avala la verdad del relato. Creemos, sin embargo, que esta afirmación de Gómara es meramente circunstancial. Muy bien sabemos que este cronista no participó en ninguna empresa de conquista y que ni siquiera estuvo en América. Además en sus obras básicas se preocupó de manifestar claramente sus ideas acerca de la historia y ella es contradictoria en esencia a la sostenida por Oviedo, Cieza de León y Bernal Díaz. Afirma Gómara en su *Historia general de las Indias*: "Por tanto se debe contentar quien lee las historias de saber lo que desea en suma y verdadero, teniendo por cierto que particularizar las cosas es engañoso y aun muy odioso; lo general ofende poco si es público, aunque toque a cualquiera".

Contra este criterio generalizante que despoja al hecho histórico de su plenitud individual se revuelven airadamente los cronistas de lo visto y lo vivido.

Si este criterio de verdad histórica es el que singulariza la na-

rración del Descubrimiento y Conquista, no cabe duda que en donde se expresa con mayor vehemencia y fuerza es en la obra de Bernal Díaz. Su *Historia verdadera . . .* es como la de Oviedo una *historia de refutación*. Escribe contra la interpretación aristocrática y personalista de la Conquista de México que proporciona Gómara. Bernal Díaz hace múltiples reproches al historiador sevillano. Sostiene que la historia de Gómara, como obra de encargo que es, exalta la figura de Hernán Cortés en grado tal que no sólo oscurece los méritos de los soldados que lo acompañaron, sino que llega a deformar la realidad histórica misma. Le reprocha, también, el haber escrito de oídas sobre los hechos y de interpretar en forma indigna el carácter del pueblo español. Una y otra vez Bernal Díaz reafirma que el único poseedor de la verdad es él, viejo soldado que vivió y padeció la realidad objeto de su historia, testigo y actor de la conquista de México.

LOS FUNDAMENTOS SOCIOESPIRITUALES DE LA VERDAD DE LO VISTO Y  
LO VIVIDO

Ya en este punto de la exposición creemos legítimo preguntarnos cuál es el fundamento de este criterio histórico, en qué ámbito espiritual se inserta, qué *conciencia histórica* lo condiciona, qué actitud frente al mundo lo vivifica.

Para responder a ello es necesario, primeramente, poner de manifiesto las formas del espíritu que determinaban la vida de estos hombres, es decir, su modo de ver o "entender" la realidad, dicho de otra forma su *ser histórico*. Algunos pueden considerar que resulta más consecuente partir, antes que de supuestos ideológicos, de la situación concreta de estos hombres, de su carácter de "descubridores" de una realidad nueva, bárbara y exótica. Quienes no participamos de un *realismo ingenuo*, de la concepción que la realidad histórica es una pura suma de objetividades, creemos que *lo real* se acomodó, en el caso que nos preocupa, a "un modo de ver",

a una óptica cultural que portaban los descubridores, a un modo de entender al hombre, la naturaleza y Dios preestablecido, fijado de antemano por una larga tradición cultural —el gótico— y por otra menos antigua, pero más prestigiosa —el renacimiento.

Es decir, que los conquistadores no vieron *realmente* lo que existía, o lo que nosotros hubiésemos querido que vieran; en rigor, ellos miraron del modo que se *podía mirar* en la época y comprendieron la realidad que enfrentaban dentro de los esquemas de comprensión del mundo en que se movían. Sólo así podremos explicarnos la fuerza y vigencia de los mitos —El Dorado, la isla Antilia, la fuente de Juvencia— que despertó el descubrimiento de América. En este sentido el carácter fabuloso de la empresa vino a reafirmar y legitimar lo maravilloso gótico-medieval, a tal extremo que León Pinelo sostuvo que el paraíso terrenal había estado ubicado concretamente en un lugar de América meridional.

Si estos postulados son válidos no puede haber duda que la verdad de lo visto y lo vivido descansa sobre un fondo socio-espiritual.

Víctor Frankl demuestra que este criterio de verdad es propio de la historiografía griega. Ahora bien, sabemos que en el Renacimiento se produce una reactualización de los puntos de vista de Polibio, Tucídides y Heródoto. La *opsis* vuelve a ser el fundamento irrecusable del quehacer histórico. El carácter de testigo de vista es para Polibio inherente al historiar mismo, el conocimiento directo de los hechos es para Tucídides la única garantía de verdad. Esta actitud nace de una oposición definida a la historiografía basada en la tradición mítica, incapaz de dar cuenta de testimonios o experiencias personales.

En este sentido Bernal Díaz se adscribe a uno de los conceptos de verdad histórica existentes en el Renacimiento. Se podrá decir que nada hay en este cronista de letras y humanismo y que mal podría, por consiguiente, conocer las direcciones de la historiografía de su época, pero con ello nos olvidamos que si es verdad que

el Renacimiento fue fruto de una minoría letrada, de una reducida *élite*, la masa participó —a la medida de sus fuerzas— entusiastamente en la nueva imagen del mundo abierta por los humanistas, no se burló de ella, ni la rechazó, sino que trató de hacerse cargo de ella, cosa que finalmente consiguió, especialmente en Italia y España.

Es decir, el Renacimiento es una actitud espiritual en que participan todos los hombres de una época, aun aquellos que no son letrados y que no saben griego ni latín, como nuestro Bernal. Queremos decir con esto que el clima espiritual de la época le ofrecía a Bernal Díaz este criterio de verdad, se lo mostraba como legítimo, como autorizado por la tradición y aceptado por la sociedad como la real vivencia histórica. Quien aún no lo crea así puede pensar en las sospechas que despiertan hoy en día los relatos testimoniales. Se presume firmemente que la verdad de lo visto y vivido siempre se desvirtúa con el fin de acomodar la interpretación de los hechos a la ideología o intereses del narrador. La verdad histórica de nuestra época concede, en rigor, una muy limitada importancia a la *opsis*. Bajo esta perspectiva podemos sostener que la verdad de lo visto y lo vivido tiene un ámbito propio, un momento de la historia del espíritu que le corresponde.

Ahora, desde el punto de vista "del genio de la raza" se puede sostener, en primera instancia, que el criterio que configura la crónica de Bernal Díaz proviene del *verismo* propio de la narrativa española, del acentuado *realismo* (que la separa, por ejemplo, de la épica francesa), establecido en tan numerosas oportunidades por Ramón Menéndez Pidal como rasgo definitorio de la literatura de su patria. Pero este *verismo* se muestra condicionado a nuestro entender (y estamos enfrentados nuevamente a nuestra tesis central) por la actitud espiritual del naciente renacimiento. Veremos este condicionamiento en forma diáfana en la descripción que hace Bernal Díaz de la fabulosa Tenochtitlán: "y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras

grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís... (p. 260). En primer término estamos frente a una limitación de lo visto y lo vivido. Bernal Díaz no ve realmente la ciudad de México, sino que más bien una confirmación objetiva de las maravillosas poblaciones descritas en los libros de caballería. Entre el cronista y la realidad se interpone el velo fabuloso de sus lecturas. Y de aquí nace, precisamente y con claridad, el condicionamiento histórico-espiritual renacentista de lo visto y lo vivido. Uno de los fenómenos más apasionantes que originó el Descubrimiento de América fue esta suerte de confirmación o sanción real de lo fantástico maravilloso de las novelas de caballería. Es decir, le confirió un carácter verosímil y un ámbito real a las aventuras de los Amadis, Palmerines, Florines y Lisuartes. Podemos, entonces, sostener que el poderoso resurgimiento de la conciencia clásica que tuvo lugar en el Renacimiento le muestra a Bernal Díaz lo legítimo y razonable del criterio de lo visto y lo vivido, pero también el trasfondo caballeresco que anima el siglo clásico reacondiciona lo visto, la experiencia concreta, para insertarla a su sistema de vivencias romántico, fantástico e idealista.

Pero no es la actitud espiritual renacentista el único fondo ideológico de la *Historia Verdadera*... Es cierto que el criterio de lo visto y lo vivido es el dominante en toda la narración, pero ello no anula la existencia de otro, que en rigor, no falta en ninguno de estos cronistas: la concepción providencialista de la historia.

"Muchas veces, ahora que soy viejo, me paro a considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes, y digo que nuestros hechos que no lo hacíamos nosotros, sino que venían encaminados por Dios"... escribe Bernal Díaz en el capítulo xcv de su historia. Presupone esta afirmación dos fundamentos. El primero está constituido por la conciencia que se tiene del propio quehacer como hazafioso. Se admira el cronista

del carácter increíble e inusitado de sus propias hazañas: "porque, qué hombres ha habido en el mundo que osasen entrar cuatrocientos soldados (y aún no llegábamos a ellos), en una fuerte ciudad como es México" . . . Este pasmo frente a sus propias acciones nos enfrenta al segundo fundamento: tan ilustres hazañas sólo fueron posibles porque la voluntad divina amparaba y propiciaba la empresa de Bernal y sus compañeros.

Esta concepción del mundo histórico se expresa, según Frankl, en un singular concepto de "verdad" y "realidad". La realidad no reside ahora en los hechos empíricos y concretos sino en una voluntad teológica sobrenatural que los conduce y les da sentido. Esta perspectiva de lo real exige un juicio que se acomode a ella, de este modo la verdad histórica consiste en dar cuenta del fondo religioso trascendental que anima la historia. Llamamos a este criterio historiográfico "providencialista".

Es patrimonio aun del vulgo la idea que el Descubrimiento y Conquista tienen un acentuado carácter providencialista. La crónica hispanoamericana sin excepción alguna lo muestra así. En el reconocimiento de la conducción divina de la historia está basado su criterio de verdad. Oviedo, Alvar Núñez, Cieza de León, Mariño de Lobera hacen fe de lo visto y lo vivido, de su calidad de testigos de vista, para avalar sus relatos, pero nunca dejan de reconocer el peso de la voluntad divina sobre los hechos, de señalar el modo en que actúa la Providencia. Aún más, todos los nombrados, y naturalmente Bernal Díaz, se viven a sí mismos como *pueblo elegido para la ejecución de las guerras de Dios*, como el instrumento escogido por la Providencia para instaurar en la tierra el reino de Cristo.

Sin duda que este criterio de verdad histórico está fundado en el ideario gótico y en la concepción patristica de la historiografía. Sin embargo revela también, y tal vez sea esto lo esencial, un aspecto peculiar del Renacimiento español. A pesar de la evidente secularización de los criterios de verdad que cualifican el Renacimiento España vio desarrollarse en esta época una concepción mística-

sobrenatural del acaecer histórico que mezcló los valores políticos terrenos —la expansión imperialista— con una dimensión divina, ético-misional.

Víctor Frankl rastrea esta interpretación teológica sobre “el destino de imperio” encontrando su primera manifestación en las razones que Palacios Rubio, colaborador jurídico de los reyes católicos, expone para justificar la conquista de Navarra hecha por Fernando. La razón básica reside en la invocación que hace el jurista de la idea de la *traslatio imperii*, es decir, de la creencia que por un determinismo histórico providencialista los imperios han ido pasando de Oriente a Occidente. Nebrija es quien desarrolla más tarde la *idea de los cuatro imperios* implícita en esta interpretación. En el prólogo de su *Gramática* escribe: Siempre la lengua fue compañera del Imperio que ha ido pasando de los judíos a los griegos y romanos para detenerse en los ejércitos de Castilla. Se le presenta así a España la ocasión de imperar sobre “muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas”. En quien culmina esta idea es en el Obispo de Badajoz, Pedro Ruiz de Mota. Con ocasión de las cortes de Coruña de 1520 sostiene el Obispo que la sucesión de los imperios universales es el factor esencial que le da sentido a la historia, pero el *imperio del mundo* sólo se puede alcanzar por la gracia del cielo, Dios es quien lo da; ahora Dios ha concedido a España este don y ha nombrado por ello al emperador *vicario de Cristo* y a sus vasallos soldados de la *milicia celestial*.

Bajo esta concepción se explica el sentimiento de cruzado que anima a Bernal Díaz: “y tenían (los indios) otros muchos vicios y maldades, y todas estas cosas por mí recontadas quiso Nuestro Señor Jesucristo que con su santa ayuda que nosotros los verdaderos conquistadores que escapamos de las guerras y batallas y peligros de muerte, ya otras veces por mí dichos, se lo quitamos y les pusimos en buena policía de vivir y les enseñamos la santa doctrina” (p. 359). Este sentimiento se expresa mediante los tópicos y símbolos propios del cristianismo evangelizador: . . . “por servir a Dios y a Su

Majestad, y dar luz a los que estaban en tinieblas" (p. 366). La fórmula arquetípica: dar luz a los que estaban en tinieblas, nos muestra una dimensión básica del espíritu evangelizador. Los españoles se conciben a sí mismos portadores de la gracia, la piedad y la fe cristianas, en rigor portadores del Bien —la luz. Frente a ellos los indios aparecen como concreciones del pecado, la perversión y el satanismo, en una palabra, el Mal —las tinieblas. Resulta de ello que Bernal y sus compañeros se ven a sí mismos como soldados de Cristo, como ángeles de la luz que están exterminando a los de las tinieblas. De aquí que nuestro cronista no dude en calificar su empresa "como nuestras ilustres y santas hazañas y conquistas" (p 364).

Toda la complejidad y singularidad del Renacimiento español se muestran en buena medida en esta frase: santas hazañas. Los héroes de las novelas de caballería acostumbraban a calificar de modo parecido sus fabulosas empresas. El arte del gótico florido había iniciado la tendencia —que alcanzaría su culminación en la época de la contrarreforma— de presentar lo santo bajo una imagen heroica. El descubrimiento de la individualidad efectuado por el Renacimiento conducía a la valoración de lo hazañoso, visto como un modo de desarrollo de la personalidad. Todo ello confirió su impronta al mundo histórico. La secularización de la historiografía llevada a cabo por el renacimiento italiano —Maquiavelo— chocó y se confundió en España con un sentimiento caballeresco despertado por las lecturas de las novelas de caballeros andantes y con una imagen mística sobrenatural de la realidad heredada del gótico.

Es éste el fondo ideológico que sustenta la *Verdadera Historia* de Bernal Díaz. En ella se superponen la conciencia clásico-realista de la Historia —lo visto y lo vivido— con la concepción fabulosa, exótica, mítica que ofrecen del mundo las novelas de caballería y la firme creencia providencialista de pueblo elegido que guió toda la empresa del Descubrimiento y Conquista.

LO QUE SIGNIFICA RECUPERAR LA TRADICION

Creemos no estar errados al suponer que aún pueden existir en el ánimo del lector razonables dudas sobre la real vigencia de estos cronistas de Indias. Podemos aceptar que la riqueza espiritual, ideológica y ética que revelan sus relatos es mayor de la que suponíamos o de la que le atribuimos habitualmente. Pero, ¿de qué modo puede ello influir en la recuperación de nuestro ser histórico?

La respuesta está contenida, creemos, en una reafirmación de lo que hasta aquí se ha dicho. En primer término, no puede caber duda que las formas del espíritu portadas por los conquistadores pertenecían a la más alta dimensión histórica. Nuestro esfuerzo estuvo destinado en gran medida a destruir la falacia de la pobreza ideológico-cultural de la literatura cronística. Tratamos de probar que puesta ella en su ámbito natural, el gótico florido, el renacimiento, la contrarreforma, revela su complejidad y riqueza. Este intento puso de manifiesto la singularidad de las concepciones de verdad y realidad del renacimiento español. Lo real lo constituyen los hechos empírico-individuales, pero también la voluntad divina sobrenatural que los anima y les confiere sentido, y aun, lo real reside en la suprarrealidad mítica creada por las novelas de caballería.

Ahora bien, volver a hacerse cargo de estos conceptos de verdad y realidad suponen un hacerse cargo del origen, es decir, de una imagen del mundo proporcionada *por la más alta tradición cultural de occidente*: la latinidad.

Es esta tradición la que hemos perdido por negación, ceguera o prejuicio. En su lugar hemos colocado la tradición anglosajona, germana. Hemos admirado a estos pueblos, a su gente sensata, racional y laboriosa y nos hemos espantado de lo que se ha llamado *la pereza y sensualidad latina*. Hondo impacto ha producido en nosotros el carácter *metafísico* de la poesía y el arte de esa raza y profunda desilusión la claridad espiritual de la literatura nuestra.

Todas estas distinciones no son más que prejuicios. Proviene de nuestro coloniaje intelectual, de la indefinición de nuestro ser histórico.

Para saber lo que somos es necesario recuperar el origen, salvar el abismo que nos separa de nuestra civilización materna. La literatura de nuestros inicios puede ser el puente. Aunque Bernal no sabía griego ni era latino, el espíritu que animó sus "ilustres y santas hazañas" sólo puede entenderse a partir de la imagen y concepción del mundo creada por la latinidad.

